

Ramón González

PAZ, AMOR Y DEATH METAL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAMÓN GONZÁLEZ
PAZ, AMOR Y DEATH METAL

1ª edición: octubre de 2018

© Ramón González, 2018
Publicada de acuerdo con Meucci Agency - Milán

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-596-1
Depósito legal: B. 18.372-2018
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

| | |
|---------------------|-----|
| Primera parte | 11 |
| Segunda parte | 87 |
| Tercera parte | 151 |

Lo primero que viene a mi memoria es una luz sobrecogedora. Un resplandor repentino me sacude la mente y veo la sala devorada por su aura. Ya no estamos a oscuras. Ya no toca la banda. A mi alrededor, en el foso, hay cientos de personas, como yo, tiradas en el suelo. Mantienen la cabeza escondida entre los brazos y tiemblan. Muchos aún no son conscientes de lo que ocurre. Algunos morirán sin saberlo.

Hacía unos instantes, bailábamos y escuchábamos rock and roll. Ahora se oyen unos gritos desgarradores atravesados por un fuerte ruido de tableteo. Comprendo que no son petardos cuando veo a tres desconocidos que nos disparan a discreción. Han venido a matarnos. Estoy a unos quince metros de ellos y lo percibo todo a la vez, mezclado, superpuesto, inundado de una luz colosal bajo el rojo hiperviolento de los palcos. No importa lo irreal que parezca: es cierto, está sucediendo; y no se detiene.

Escapar parecía imposible. Los tres desconocidos, estratégicamente situados en la entrada del foso y elevados respecto a nosotros, disparaban de manera continuada, sin descanso. Recuerdo solo algunos detalles del que estaba en medio. Tenía un Kalashnikov, era delgado, no muy alto, y llevaba el pelo rapado. Él también ardía de luz, como todo lo que había en la sala en ese momento. Al ver la expresión de su cara, la idea de la muerte me pareció más aterradora e inequívoca que nunca.

Mi instinto se dispuso a sacarme de allí.

Paola, mi novia, estaba también en la sala, pero no a mi lado.

Dos horas antes, sobre las ocho, habíamos salido de casa y llegábamos tarde al concierto por mi culpa: el trabajo me había retenido. Lucía y Carlos nos esperaban en el Bataclan desde hacía rato.

A Lucía la había conocido a comienzos de año gracias a un anuncio. Ella andaba buscando gente para formar una banda y la llamé. Al principio, quedábamos una vez por semana, solo para tocar, pero enseguida nos hicimos amigos y empezamos a vernos más a menudo. Dos españoles exiliados que aman la música: excelente excusa. A Lucía le gustaba el rock and roll y sabía en qué bares y salas encontrarlo. Era ella la que, en general, me hacía escuchar nuevos grupos

y me proponía ir a conciertos. Sin embargo, fui yo el que en octubre le dijo:

—Eagles of Death Metal toca el mes que viene en París, ¿quieres venir?

Carlos había sido su novio algunos años atrás y ahora era uno de sus mejores amigos. Vivía en Madrid, pero estaría de visita en París del 9 al 15 de noviembre. Lucía me había hablado mucho de él y tenía ganas de conocerlo. Nos vimos por primera vez dos días antes de los atentados en un concierto de Alabama Shakes en el Casino de París. Vestía de negro, con chupa de cuero. Charlamos un rato y me pareció un buen tipo.

Tomamos el metro en Simplon. Mi cabeza seguía en el trabajo y sabía que me sería difícil desconectar: ese fin de semana me tocaba estar de guardia. La fusión de sociedades en la que había trabajado durante los últimos meses llegaba a su fin y debía estar pendiente del teléfono por si había algún problema. La jefa de proyecto me dejó ir al concierto, pero también me advirtió que si surgía cualquier imprevisto me llamaría.

Durante el trayecto apenas hablábamos. Paola me besaba, me mordía la barba; yo le masajebaba el cuello y los hombros. Desde el principio había sido fácil entre nosotros. Nos habíamos conocido siete meses antes, en abril, y a finales de julio ya estábamos viviendo juntos. Incluso la decisión de convivir fue como si se tomase por sí sola. Cierta día, al levantarme a su

lado por la mañana, me dije a mí mismo que me gustaría vivir con ella, que su casa era ya como si fuese la mía; pero no tuve el valor de confesárselo. Un rato después, estando sentados en el sofá, se abrazó a mí y con voz tímida comenzó a decirme:

—Me gustaría hacerte una pregunta, pero tengo miedo de que las cosas cambien...

—No temas, nada va a cambiar —le dije, comprendiendo al instante—. La respuesta es sí.

Llegamos a la estación de metro de Oberkampf a las ocho y media. A esa hora, los teloneros ya debían de haber acabado. Quedaban quince minutos para el comienzo de Eagles of Death Metal y Lucía me escribió al móvil:

—¿Dónde andas? Estamos delante a la derecha. Date prisa, mamón.

Cinco minutos después llegamos a la puerta de entrada del Bataclan. No había demasiada cola, la mayoría de la gente ya estaba dentro. A mi izquierda, dos tipos hablaban sobre el grupo. Uno de ellos dijo que nunca los había escuchado.

—¿Qué estilo tocan, death metal? —preguntó.

Sonreí porque me habían hecho esa misma pregunta muchas veces.

—Rock and roll —respondió el otro.

Recuerdo a la perfección sus caras y me pregunto si consiguieron sobrevivir. Me ocurre lo mismo con muchos otros con los que me crucé antes de la masa-

cre. En ocasiones me sorprendo pensando en la chica de pelo corto que había a mi derecha; en la pareja de no más de veinticinco que se besaba en la entrada del foso; en el chaval de pelo largo que bailaba y saltaba como un loco durante una de las primeras canciones...

Entramos en la sala. Era la tercera vez que iba al Bataclan y nunca lo había visto así de lleno. Cogí de la mano a Paola y avanzamos algunos metros. Al llegar al foso —una platea sin butacas donde se concentraba la mayor parte del aforo—, nos detuvimos y buscamos a Lucía y Carlos con la mirada. Estaban delante a la derecha, a unos diez metros del escenario. Nos dirigimos hacia ellos. Nos saludamos, nos quitamos los abrigos y los colgamos en la barandilla que había justo al lado. El lugar parecía perfecto: no estábamos muy apretados y el escenario estaba cerca.

Como aún quedaban algunos minutos para el inicio del concierto, decidí ir a comprar algo de beber. Volví sobre mis pasos y me dirigí hacia la barra, que estaba al lado de la entrada. Mientras esperaba mi turno, no dejaba de mirar al escenario por si el grupo salía a tocar. También aproveché para revisar el móvil: la jefa de proyecto no me había escrito ni llamado.

Los camareros me atendieron a las nueve menos diez, cuando estaba a punto de desistir. Un par de minutos después, estaba de vuelta con Paola, Lucía y Carlos. Había más gente en el foso en ese momento, pero aún disponíamos de espacio para movernos. Les di los

vasos, los alzamos y brindamos: «Por nosotros». Después salió el tema de los tríos. A Lucía le encantaba teorizar sobre el asunto y siempre que podía aprovechaba para hacer apología de sus múltiples beneficios.

—¿Dos hombres y una mujer o dos mujeres y un hombre? —preguntó.

Los cuatro nos mostramos de acuerdo: mejor dos mujeres y un hombre. Alzamos los vasos y brindamos por ello.

El concierto comenzó a las nueve, quince minutos después de lo previsto. Cientos de manos haciendo cuernos dieron la bienvenida a la banda. Me pegué a Paola y nos pusimos a bailar *I Only Want You*. El sonido era potente y saturado, las luces cálidas. El público se mostraba tan eufórico y entregado que hasta los músicos parecían sorprendidos. Según se sabría después, había mil quinientas personas. Fue una noche con todo el aforo vendido.

Al cabo de tres o cuatro canciones, Paola me dijo que se quería mover porque no veía nada. Su metro cincuenta y ocho solía ser un problema en los conciertos. Mi metro noventa, aunque por razones bien distintas, también. En general, prefería colocarme en el fondo para así disfrutar del concierto sin tener que oír quejas. Pero esa noche no lo hice, una decisión que quizá me salvó la vida; los primeros en ser alcan-

zados por las balas fueron los que se encontraban cerca de la entrada, los más alejados del escenario. Que yo no estuviese allí se lo debo a Lucía. A ella le encantaba colocarse en las primeras filas para estar en la zona caliente y ver de cerca a los músicos, así, cuando llegamos al Bataclan, ya había elegido sitio por nosotros.

Un poco después Paola insistió en que quería moverse.

—¿Se puede subir a los palcos? —preguntó.

Le respondí que pensaba que sí.

—Yo creo que no —me corrigió Lucía.

Según ella, nuestras entradas solo eran válidas para la parte de abajo. Cierto o no, eso disuadió a Paola de intentarlo, aunque no le quitó de la cabeza la idea de moverse.

Tras un rato observando la sala, me dijo que se iba a ir al lateral que teníamos justo a la derecha. Esa parte de la sala estaba elevada medio metro respecto al lugar en que nos encontrábamos.

—¿Querés venir conmigo? —me preguntó.

Respondí que no. Me gustaba el ambiente que había en el foso. ¿Habría cambiado algo si la hubiese acompañado? ¿Hubiese sido lo mismo si Lucía no hubiese intervenido y Paola hubiese subido a los palcos?

Poco después, me puse a buscarla con la mirada. Quería saber dónde se colocaba por si más tarde cambiaba de opinión y decidía irme junto a ella. El lateral

estaba lleno de gente y no conseguía localizarla. Al cabo de un rato, fue ella la que me encontró a mí. Alzó el brazo y me saludó. Estaba junto a un pilar que había en la parte delantera, muy cerca del escenario.

Después de los primeros temas, empecé a desconectarme del concierto. La banda había tocado algunas canciones que no conocía y además el cantante cortaba continuamente el ritmo hablando demasiado entre canción y canción. Repetía una y otra vez *Are you having a good time?*, soltaba frases que creía ingeniosas, insistía en que nos amaba y en que éramos los mejores. Hasta se atrevía a hacer chistes. En cierto momento, no recuerdo muy bien a raíz de qué, dijo: «Incluso la peor de las mamadas es increíble». Sus intervenciones eran recibidas con entusiasmo por la mayor parte del público, aunque también había quien se impacientaba con el exceso de verborrea y le pedía que callara y siguiera tocando. «¡No nos cuentes tu vida!», le gritó alguien a mi derecha. El bajista, a juzgar por la expresión de su cara, tampoco se divertía con esas pausas.

Necesitaba animarme, y aprovechando que sonaba otra canción que no conocía, fui a la barra. Al llegar, vi que no había casi nadie y opté por ir al baño antes de pedir. En los urinarios me topé con un tipo que me preguntó por mi camiseta. Se puso muy pesado. Quería saber qué había escrito en ella, pero no era

capaz de leerlo. Dead Meadow, le dije. No entendió. Estaba muy borracho y le costaba mantenerse en pie. Me pregunto qué fue de él.

Volví a la barra y me atendieron enseguida. Pedí cerveza para Lucía, para Carlos y para mí, y vino para Paola. Al regresar, no volví al foso, atravesé el lateral y llegué hasta donde Paola se encontraba. Era un lugar privilegiado —prohibido, en realidad—, delante de las vallas de seguridad, a escasos metros del escenario. Le di el vino y nos besamos. Al lado había un guardia de seguridad. Me miró y creí que iba a echarme, pero no dijo nada. Aquel guardia salvaría después muchas vidas. Lo sé porque coincidí con él más tarde y escuché su historia.

Puede que de manera indirecta me salvara también a mí.

Tras quedarme algunos minutos con Paola, me dispuse a volver con Lucía y Carlos. Contemplé la sala y comprendí que me iba a resultar muy complicado. Debía atravesar el lateral, bajar al foso y luego abrirme paso entre la gente hasta llegar a la parte delantera, justo frente al escenario, todo ello con las cervezas en la mano. En vez de eso, se me ocurrió otra solución, pasar por delante de la valla que separaba el escenario de la platea, solo tenía que descender unos escalones, atravesar la barrera y caminar una decena de metros. Sin embargo, el guardia de seguridad debía permitírmelo. Lo intenté. Negó con la cabeza. Alcé las cerve-

zas y se las mostré, dándole a entender que me sería imposible atravesar la sala con ellas. Reflexionó un instante, miró a ambos lados y luego me dejó pasar. Su decisión me ahorró un tiempo que sería crucial.

De vuelta con Lucía y Carlos, brindamos. Pensé en proponerles que nos fuésemos al lateral con Paola, pero no lo hice porque los vi muy animados. Me quedo un rato aquí y después vuelvo con Paola, me dije. Me puse entonces a pensar en el trabajo. La integración de datos prevista para el viernes ya debía de haber terminado y aún no había recibido noticias de la jefa de proyecto. ¿Y si había habido algún problema? Al principio me dije que me daba igual, pero como no era así, intenté convencerme con un trago de cerveza.

De los instantes previos a la irrupción de los terroristas no recuerdo demasiado. Sé que acababa de terminarme la cerveza y que me había vuelto a animar; también que sonaba una parte rápida de *Kiss the Devil* y que bailaba y me chocaba con Lucía y Carlos.

La letra de la canción dice así:

*Who'll love the Devil?
Who'll song his song?
Who will love the Devil and his song?
I'll love the Devil
I'll sing his song
I will love the Devil and his song*

*Who'll love the Devil?
Who'll kiss his tongue?
Who will kiss the Devil on his tongue?
I'll love the Devil
I'll kiss his tongue
I will kiss the Devil on his tongue*

No creo que signifique gran cosa. Tampoco creo en el destino ni soy supersticioso. Pero, cuando los terroristas entraron en la sala, era viernes 13 y sonaba una canción que hablaba del diablo.